

re gente tan pendenciera, jefe poco popular en una amotinada isla, y habiéndose hecho sospechoso al mismo gobierno del que en pago de sus afanes solo recibiera menos precio, deseaba servir, y sus mismo servicios creaban la desconfianza, y no sabia adónde pedir fiel consejo, ayuda eficaz ó recto parecer. Hasta la tierra que pisaba parecia desmoronarse bajo sus pies. Supo que empezaban á formarse proyectos sediciosos entre su misma gente. Veían la impunidad con que los rebeldes habian gozado la posesion de uno de los mas hermosos distritos de la isla; hablaban entre ellos de seguir el mismo ejemplo, de abandonar la bandera del Almirante, y de apoderarse de la provincia de Higuey, al extremo oriental de la isla, que tenia fama de ser, en minas de oro, rica y abundante.

En situacion tan crítica, desentendiéndose de toda consideracion de orgullo y dignidad personal, determinó á costa de cualquier sacrificio propio asegurar los intereses de un ingrato soberano, y se forzó Colon á sí mismo á firmar aquella humillante capitulacion. Confiaba en que si algun dia llegaba á avitarse con

los reyes podria convencerles de que habia sido forzado á firmar aquella capitulacion, arancada de sus manos por las extraordinarias dificultades en que se habia visto, y por el eminente peligro de la colonia. Antes de firmarla, empero, insertó una cláusula diciendo, que las órdenes de los soberanos ó suyos, ó de las autoridades que él nombrase, debian ser puntualmente obedecidas.

CAPITULO V.

CONCESIONES HECHAS A ROLDAN Y SUS COMPAÑEROS.—
REGRESO DE VARIOS REBELDES A ESPAÑA.
(1499.)

AL recobrar Roldan su cargo de alcalde mayor, desplegó toda la arrogancia que podria esperarse de un hombre que habia logrado el poder por tan detestables medios. Mientras estuvo en la ciudad de Santo Domingo, su faccion le rodeaba siempre, tenia solo tratos con gente pervertida y malcontenta, rodeándose de todos aquellos criminales que rechaza de su seno la sociedad con lo que solo conseguia alarmar á



Las mujeres á quienes la guerra ha dejado viudas piden al cacique de la tribu que las vengue.

los habitantes pacíficos y leales. Mantenia arrogante tono hasta contra la autoridad de Colon mismo; quitó el empleo á un tal Rodrigo Perez, lugarteniente del Almirante, diciendo que nadie habia de llevar baston de mando en la isla, mas que los empleados que él nombrase. Triste y dolorosa fue para Colon la necesidad de doblegarse á los insolentes caprichos de aquel hombre, y de la canalla que volvió bajo sus auspicios á la colonia.

Roldan presentó un memorial firmado por mas de ciento de sus secuaces, pidiendo tierras, y permiso para fijarse en ellas, y escogiendo para ello la provincia de Jaragua. El Almirante tuvo fundados temo-

res de poner á disposicion de aquella falange de facciosos, tierras tan distantes, donde podrian fomentar nuevas rebeliones. Pudo al fin distribuirlos en varias partes de la isla; unos en Bonaó, donde su colonia dió origen á la ciudad de este nombre; otros en las márgenes del rio Verde en la Vega; y algunos á seis leguas de este punto, camino de Santiago. Les señaló grandes porciones de tierra y muchos esclavos indios. Concluyó tambien un pacto con los caciques de las cercanías, en el cual les levantaba el tributo obligandoles á alistar entre sus súbditos algunos grupos de indios libres con el objeto de que asistiesen á los colonos en el cultivo de las tierras confidas á sus

cuidados: especie de servicio feudal, origen de los repartimientos, ó distribucion de los indios libres entre los colonos, adoptado sucesivamente, y usado con vergonzosa crueldad en todas las colonias españolas, fuente de intolerables padecimientos y opresion para los infelices indios, é institucion que contribuyó mucho al exterminio de los de Española. Colon consideraba la isla como un pais conquistado, y se apropiaba el derecho de los conquistadores, en nombre de los soleranos por quienes peleaba. Consecuentes con estos principios sus compañeros se hacian partícipes de los territorios conquistados, abrogándose la potestad de señores feudales, y reduciendo á los conquistados á la condicion de villanos ó vasallos. Este arreglo diferia mucho de su primitivo intento; pues estaba antes dispuesto á tratar á los naturales con amistad y templanza, como á súbditos pacíficos de la corona. Pero se habian frustrado todos sus planes por la violencia y libertinage de otros, y las medidas de entonces parecen adaptadas segun la exigencia de los tiempos. Con objeto de conservar inalterable el orden en la isla instituyó una especie de policia compuesta de un capitán, y varios soldados, encargados de visitar la isla en todas direcciones, obligando á los indios á pagar sus tributos, observando la conducta de los colonos, y con derecho para refrenar la menor apariencia de motin ó insurreccion.

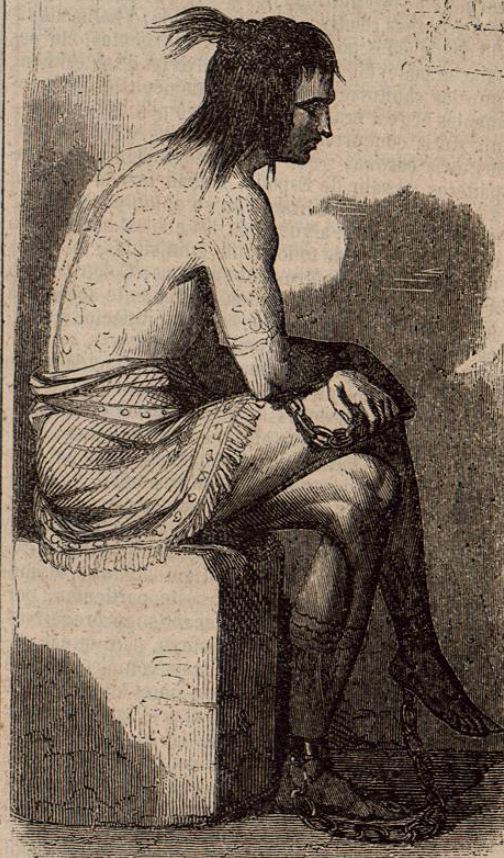
Habiendo ya solicitado y obtenido tan liberales remuneraciones para su gente, no se manifestó Roldan mas modesto en pedir para sí mismo. Reclamó ciertas tierras en las cercanías de la Isabela, por haberles pertenecido antes de la rebelion, tambien una granja real, dedicada á la cria de aves domésticas llamada La Esperanza, y situada en la Vega. Se las concedió el Almirante, con permiso para emplear como cultivadores los súbditos del cacique, á quien cortó Alonso de Ojeda las orejas en su primera expedicion militar á la Vega. Recibió Roldan, ademas de esto, varias tierras en Jaragua, y muchos ganados pertenecientes al patrimonio real. Estos donativos solo tuvieron carácter de interinos hasta que fuesen sancionados por ambos reyes; porque aun pensaba Colon, que cuando supiesen sus majestades las sediciones y violencias con que aquellas gracias se le habian arrancado, los cabecillas de la faccion, no solo perderian sus mal adquiridas posesiones, sino que serian castigados segun lo mereciesen sus delitos.

Habiendo alcanzado Roldan mucho mas de lo que podia prometerse en sus mas dorados ensueños, pidió licencia para recorrer sus posesiones, y aun que mal de su grado se le concedió Colon. Inmediatamente salió para la Vega, y parando en Bonaó, donde habia tenido sus reales, hizo á Pedro Riquelme, activo confederado suyo, alcalde de aquel circuito, con derecho de arrestar todos los delincuentes, y de enviárselos presos al fuerte de la Concepcion, adonde él se reservaba el derecho de sentenciarlos. Este nombramiento descontentó mucho al Almirante, por haber saltado Roldan la valla de sus atribuciones; pues no le correspondia, como alcalde mayor, el derecho de nombrar alcaldes ordinarios. Otras circunstancias le dieron á entender, que tenian los insurgentes designs posteriores. Pedro Riquelme, bajo pretexto de erigir casas rurales para su ganado, empezó á levantar un robusto edificio sobre una colina ventajosamente situado y capaz de convertirse en una formidable fortaleza. Decíase que él y Roldan de consuno estaban empeñados en aquella obra, para tener sitio en que fortificarse en caso necesario. Como estuviere la colina cerca de la Vega, adonde se habian fijado tantos de sus partidarios, hubiera sido peligroso punto de reunion para sediciosos. Sospechó los designs, y se opuso á los procedimientos de Riquelme, Pedro Arana hombre leal y honrado que vivia en los alrededores. Representaron ambas partes á Colon,

TOMO I.

que receloso de esta obra peligrosa de Riquelme, le prohibió que la continuase.

Habiase dispuesto Colon para regresar á España con su hermano don Bartolomé, persuadido de que era allí su presencia muy necesaria, para poner bajo su verdadero punto de vista los últimos sucesos de la isla. Habia experimentado la ineficacia de las cartas, que podian glosar parcialmente sus malévolos enemigos. La isla, empero, se hallaba aun en muy precaria situacion. No estaba seguro de la fidelidad de los rebeldes, aunque tan caramente comprada; y habia rumores probables de un desenso á la Vega de los montañeses de Ciguay, con designio



Prision del cacique Mayobanex.

de recatar á su cautivo cacique Mayobanex, que permanecia aun prisionero en la Concepcion. Tambien se esparció la alarma con la noticia de haber arribado al Occidente de la isla cuatro buques, en apariencia sospechosos. Estas circunstancias obligaron á Colon á proponer su partida; y lo detuvieron envuelto en los negocios de aquella favorita pero fatal isla.

Las dos carabelas se hicieron á la vela para España al principio de octubre, con los colonos que quisieron volver, y entre otros, muchos del partido de Roldan. Algunos llevaron consigo tres esclavos, otros dos y otros uno; y varios de ellos las hijas de los caciques, sacadas por seduccion de sus casas y del seno

LLEGADA DE OJEDA CON UNA ESCUADRA AL OCCIDENTE DE LA ISLA.—ROLDAN ENVIADO A BUSCARLO.

(1499.)

ENTRE las causas que indujeron á Colon á retardar su partida á España, se ha mencionado la llegada de cuatro buques al Occidente de la isla. Anclaron estos el 5 de setiembre en un puerto algo mas abajo de Jacquemel, con la idea, segun parecia, de cortar palo de canoche, abundante en aquellas inmediaciones, y de llevarse á los indios como esclavos. Mas adelante se supo que mandaba los buques Alonso de Ojeda, aquel audaz caballero que en los primeros viajes se habia distinguido tanto, particularmente en la captura del cacique Caonabo. Conociendo su espíritu osado y emprendedor, sintió mucho Colon que visitase la isla de aquel modo clandestino, que tenia casi visos de piratería. Para oponerse á sus agresiones, y pedirle cuenta de ellas, se necesitaba un agente dotado de resolucion é inteligencia. Nadie mas á propósito que Roldan, que sobre ser tan atrevido como Ojeda, le aventajaba en astucia. Una expedicion semejante ocuparia su ánimo y el de sus partidarios, y los distraeria de sus planes sediciosos. Las muchas concesiones que recientemente se les habian hecho debian por el momento asegurar su fidelidad, sobre todo siéndoles mas útil ser leales que rebeldes.

de sus familias. El Almirante, sin embargo de no poder sufrir con paciencia tales desmanes opuestos á su buen corazón tuvo que convenir y resignarse á ellos. Sabia que enviaba en ellos á España un refuerzo de enemigos y testigos falsos, que difamasen su carácter y conducta; pero no le quedaba otra alternativa. Para contrapesar, en lo posible, sus calumnias, envió por las mismas carabelas al leal y recto veterano Miguel Ballester, junto con Garcia de Barrantes, ambos autorizados para atender á sus negocios en la corte, y provistos de las medidas que se habian tomado respecto á la conducta seguida por Roldan y sus cómplices.

Escribió á los soberanos pidiéndoles se informasen de la verdad de las últimas transacciones, y obrasen segun creyesen oportuno. Manifestó su opinion, de que las capitulaciones firmadas por él y los rebeldes, eran nulas é inválidas por varias razones; que se le habian arrancado violentamente y en la mar, adonde no ejercia la autoridad de virey; que habia habido procesos relativos á la insurreccion; y habiendo sido condenados por traidores los insurgentes, no estaba en poder del Almirante absolverlos de su crimen; que las capitulaciones trataban de negocios pertenecientes al real erario, en el que no podia él intervenir sin la concurrencia de los funcionarios y oficiales de la corona; y que Francisco Roldan y sus compañeros, al salir de España, habian jurado fidelidad á los reyes, y al Almirante en su nombre. Presentadas estas razones, algunas de las cuales basaban en consideraciones de todo punto admisibles, mientras otras eran hijas de groseros sofismas, Colon rogaba á sus reyes que no estimasen conveniente acceder á las condiciones presentadas en la capitulacion arrancada de sus manos por el poder de Roldan.

Repetia la súplica de una carta anterior, de que se le enviase como juez un hombre docto que administrase las leyes de la isla, puesto que él estaba acusado de severo, aunque cierto en su conviccion de haberse siempre guiado por la clemencia. Pedia además que se enviase personas de probidad y discrecion para formar un consejo, y ocupar otros empleos, deseando, empero que tuviesen poderes limitados y definidos en sus respectivas comisiones, de modo que no afectasen los privilegios y dignidad que á él correspondian. Se extendia sobre este particular, porque ya otras veces se habian atacado sus prerogativas. Observaba que podria equivocarse, pero que le parecia que los príncipes deben tener completa confianza en sus gobernadores, porque sin el favor real que les da fuerza se les desmorona el prestigio del gobierno; sólida máxima que enseñó al Almirante su reciente experiencia; pues muchas de sus perplejidades y el triunfo de los rebeldes se debian á la desconfianza de la corona, y al poco caso que hizo de sus quejas.

Agobiado por la edad y las enfermedades, viendo que su organizacion se habia deteriorado mucho en el último viaje, Colon fijó su pensamiento en su hijo Diego para hacer de él un activo coadjutor, que participase de los cuidados y fatigas de su empleo; pues estando destinado á sucederle, deseaba que empezase á adquirir alguna práctica para el desempeño de sus futuras obligaciones. Diego estaba aun de paje en la corte; pero se hallaba ya en disposicion de entrar en los negocios públicos. Por eso pidió Colon que se le enviase como auxiliar, sintiéndose enfermo y menos capaz que antes.

Roldan se encargó con gusto de tan peligrosa comision. Nada podia ya adquirir en los desórdenes y deseaba asegurar sus mal ganadas posesiones por medio de servicios públicos que hiciesen olvidar sus pasados extravíos. Como era tan vano como activo, su orgullo le inspiró el deseo de desempeñar bien una mision que exigia tanto valor y sagacidad. Salió de Santo Domingo con dos carabelas, y llegó el 29 de setiembre á dos leguas del puerto donde estaban anclados los buques de Ojeda. Desembarcó con veintey cinco hombres resueltos y bien armados, acostumbrados ya á la vida aventurera de los bosques. Cinco de ellos enviados á un reconocimiento le participaron que estaba Ojeda en tierra á muchas leguas de sus buques con solo quince hombres, empleados en hacer pan de casaba en un lugar indio. Roldan se situó entre él y sus buques, pensando sorprenderlo; pero Ojeda lo supo por los indios, á quienes aterraba el solo nombre de Roldan, por sus excesos en Jaragua. Ojeda vió su peligro, pues desde luego supuso que venia Roldan en persecucion suya, y se hallaba interceptado. Con su intrepidez acostumbrada se presentó al punto á Roldan, acompañado solamente de cuatro ó seis individuos. Roldan empezó astutamente á hablar de cosas generales. Le preguntó despues por qué habia desembarcado en la isla, y particularmente en tan solitaria y remota parte de ella, sin hacer saber su llegada al Almirante. Replicó Ojeda que venia de un viaje de descubrimientos, y habia tocado en la isla, para reparar sus buques y procurarse viveres. Roldan le pidió entonces en nombre del gobierno, sus papeles. Ojeda que conocia el carácter determinado del hombre con quien estaba tratando, refrenó su impetuosidad natural, y le dijo que sus papeles estaban á bordo. Le manifestó además su intencion de pasar á Santo Domingo, con objeto de ofrecer sus respetos del Almirante, á quien tenia muchas cosas que decir en conferencia secreta. Indicó á Roldan que el Almirante habia perdido todo su favor en la corte; que se hablaba de destituirle, y que la reina, su patrona, estaba desahuciada de los facultativos. A esta indicacion se referia probablemente Roldan en sus despachos al Almirante, en que dice que Ojeda le habia comunicado ciertos asuntos, que él no creia propio confiar al papel.

Roldan pasó entonces á los buques. Halló á bordo muchas personas conocidas, que habian estado ya en

Española, y confirmaron lo que Ojeda habia dicho. Le enseñaron una licencia firmada por el obispo Fonseca, como superintendente de los negocios de Indias, autorizándole para hacer un viaje de descubrimientos.

Segun Ojeda y sus compañeros, los exaltados informes que envió Colon de sus últimos descubrimientos en la costa de Pária, sus halagüeñas esperanzas relativas á la riqueza de los recién hallados países, y las perlas que habia enviado á los soberanos excitaron la codicia de varios aventureros. Casualmente se hallaba entonces Ojeda en España. Como favorito del obispo Fonseca, pudo leer las cartas de Colon á los soberanos, y ver los mapas y cartas náuticas que los acompañaban. Sabia Ojeda que tenian á Colon muy ocupado las sediciones de Española; y sus conversaciones con Fonseca y otros enemigos del Almirante le persuadieron de que existian en el ánimo del rey grandes dudas y sospechas respecto á su conducta, dándose por lo tanto su caída como segura. Se le ocurrió á Ojeda la idea de aprovecharse de aquellas circunstancias, esperando ser por medio de una empresa particular el primero en recoger las riquezas de las regiones recién descubiertas. Comunicó su proyecto á su protector Fonseca, quien siempre dispuesto á hacer todo lo que pudiese contrariar los proyectos y oscurecer la gloria de Colon, se mostraba mas propenso á ayudar á los aventureros mercenarios, que á los hombres de elevado espíritu. Concedió á Ojeda cuanto podia facilitar su plan, dándole copia de los papeles y cartas de Colon para seguir su rumbo, y una patente firmada con su nombre, aunque no con el de los soberanos. En esta se estipuló que no tocarse á tierra alguna perteneciente al rey de Portugal, ni á ninguna de las descubiertas por Colon antes del año de 1495. La última base ó condicion manifiesta el pérfido artificio de Fonseca, pues dejaba por ella á Pária y la isla de las Perlas accesibles á la codicia de Ojeda, habiéndose descubierto por Colon despues del año designado. Los buques debian armarse por cuenta de los aventureros, quienes habian de dar á la corona parte de los productos del viaje.

Con esta autorizacion armó Ojeda cuatro buques en Sevilla, asistido por muchos especuladores codiciosos y opulentos. Entre otros el célebre Américo Vespuccio, comerciante florentino, reputado muy docto en geografía y navegacion. El principal piloto de la escuadra era Juan de la Cosa, marinero de nombradía, y discípulo del Almirante, á quien habia acompañado en su primer viaje de descubrimientos y en el que hizo por la costa del Sur de Cuba y alrededor de Jamáica. Habia tambien otros muchos de los marineros que habian hecho con Colon el viaje á Pária, entre ellos el distinguido piloto Bartolomé Roldan. Tal fue la expedicion que por un encadenamiento singular de circunstancias, dió el nombre del comerciante florentino Américo Vespuccio á todo el Nuevo-Mundo.

Zarpó la flota en mayo de 1499. Los aventureros llegaron al continente del Sur, y visitaron sus costas desde doscientas leguas al Oriente del Orinoco, hasta el golfo de Pária. Guiados por las cartas de Colon, pasaron este golfo é igualmente la Boca del Dragon, y se mantuvieron al Occidente hasta el cabo de la Vela, visitando la isla de Margarita y la tierra-firme adyacente, y descubriendo el golfo de Venezuela. Tocaron despues á las islas Caribes, donde pelearon con sus fieros habitantes é hicieron muchos prisioneros que pensaban venderlos en los mercados de esclavos de España. De allí, necesitando provisiones, pasaron á la Española, despues de haber hecho el mas dilatado viaje que se habia verificado hasta entonces por las costas del Nuevo-Mundo.

Despues de recoger todos los informes posibles respecto á aquellos viajeros, sus aventuras y designios,

TOMO I.

Roldan confiado en que Ojeda iria él mismo á presentarse á Colon, volvió á Santo Domingo para dar cuenta del desempeño de su cometido.

CAPITULO VII.

MANIOBRAS DE ROLDAN Y OJEDA.

(1500.)

CUANDO supo Colon la naturaleza del viaje de Ojeda, y la licencia con que navegaba, se sintió profundamente agraviado, pues aquella licencia era una infraccion de sus mas importantes prerogativas, sancionada por la misma autoridad que debia haberlas considerado sagradas. Con todo, esperaba pacientemente, la prometida visita de Alonso de Ojeda á Santo Domingo, para obtener explicaciones. Nunca fue la intencion de aquel aventurero cumplir con tal promesa hecha únicamente para eludir la vigilancia de Roldan. No bien hubo rehabilitado sus bajeles y obtenido provisiones, salió para la costa de Jaragua, en la cual llegó en febrero. Le recibieron bien los españoles residentes en aquella provincia, proveyéndole de todo lo necesario. Entre ellos habia muchos de los últimos camaradas de Roldan; hombres perdidos y vagos, contrarios á todo orden y freno, que odiaban de corazon al Almirante por haberles sujetado á la saludable férula de las leyes.

Conociendo el arrojo é impavidez de Ojeda, y viendo que habia alguna disension entre él y el Almirante, le saludaron como nuevo caudillo que venia á deshacer sus imaginarios agravios, abandonando á Roldan, á quien consideraban ya como desertor. Quejáronse á Ojeda de la injusticia del Almirante, á quien acusaron de detenerles sus pagas.

Ojeda tenia mucho de precipitado y no poco de jactancioso, por lo que desde luego se constituyó en enderezador de entuertos. Se asegura que dijo que él y Carvajal estaban autorizados por el gobierno para obrar como consejeros, ó mas bien como fiscales de Colon, y que una de las primeras medidas que iban á tomar, era obligar al Adelantado al pago de todos los salarios debidos á los servidores de la corona. Pero se nos figura increíble que dijese Ojeda semejantes palabras, tan fáciles de desmentir, y que le hubieran desacreditado con el gobierno. Quizá le animaron á mezclarse en aquellos asuntos el poco favor del Almirante en la corte, y su mucha confianza en la poderosa proteccion de Fonseca. Tambien pudo haber creído, como diligentemente propalaron en España los sugetos con quienes él mas trataba, que la severidad y opresion despótica del Almirante y sus hermanos habian forzado á los colonos rebeldes á adoptar aquellas medidas. Es probable que un sentimiento de generosidad que se mezclase con su amor de acciones y empresas, cuando les prometió remediar todos sus males, ponerse á su cabeza, marchar vía recta á Santo Domingo, y obligar al Almirante á pagarles al punto, ó expeleerlo de la isla.

La proposicion de Ojeda fue recibida con aclamaciones y gozo por algunos de los rebeldes, pero otros se opusieron á ella. Hubo disensiones á que sucedió una escena violenta, en que murieron muchos, y hubo muchos heridos de ambas partes; pero triunfaron los que eran de dictámen de ir á Santo Domingo.

Afortunadamente para la paz y seguridad de Colon, llegó Roldan á las cercanías en aquel instante mismo, seguido de algunos hombres resueltos. El Almirante le habia enviado á observar los movimientos de Ojeda, cuando se enteró de su llegada á la costa de Jaragua. Supo Roldan los violentos tumultos que habian sobrevenido, y mandó á su antiguo camarada, Diego de Escobar, que le siguiese con toda la fuerza disponible. Llegaron ambos á Jaragua con un día de diferencia. Entonces ocurrió un ejemplo de la poca fé que regularmente se guardan los malos. Los primiti-

vos partidarios de Colon, viendo lo decidido que estaba Roldan á servir al gobierno, y perdida toda esperanza de comprometerlo en una nueva sedicion, resolvieron apoderarse de él por sorpresa; pero no cayó en el lazo, gracias á su sagacidad y vigilancia.

No bien supo Ojeda la marcha de Roldan y de Escobar, se retiró á bordo de sus buques. Aunque de ánimo osado no se hallaba dispuesto en aquel caso á echar mano de las armas, teniendo que pelear desesperadamente y sin provecho alguno contra el gobierno establecido. Roldan hizo entonces amonestaciones análogas á las que estaba acostumbrado á recibir. Escribió á Ojeda una carta reprobando decorosamente su conducta con la cual habia llenado la isla de confusion, y pidiéndole que desembarcase para entrar en una composicion amistosa y acabar todas las diferencias. Ojeda, conociendo la astucia de Roldan, no hizo caso de sus repetidos mensajes, y se negó á su disposicion. Hizo mas: se apoderó de Diego Trujillo, uno de los mensajeros, y no contento con esto, desembarcó repentinamente en Jaragua, y se llevó preso á Toribio de Linares, otro de los camaradas de Roldan; á ambos les cargó de cadenas; les detuvo á bordo de su buque en rehenes por un tal Juan Pintor, un marinero manco que se le habia desertado, y amenazó ahorcar á los dos como no se le entregase el marinero.

Varias fueron las astutas evoluciones que practicaron los dos terribles antagonistas, persuadidos ambos de la sagacidad y resolucion de su adversario. Ojeda se hizo á la vela y navegó doce leguas al Norte, hácia la provincia de Cahay, una de las mas bellas y fértiles de la isla, habitada por gente dócil y bondadosa. Roldan y Escobar le siguieron por tierra, y se le acercaron sin demora. Mandó entonces Roldan á su compañero Escobar que en una canoa ligera manejada por indios se dirigiese al buque principal y dijese desde lejos á Ojeda, que puesto que no queria pasar á tierra, Roldan iria á conferenciar con él á bordo, si le enviaba un bote para verificarlo.

Ojeda se creyó desde luego al abrigo de su contrario. Inmediatamente despachó un bote que se paró á corta distancia de la orilla, diciendo á Roldan que podia embarcarse. *¿Cuánta gente puede acompañarme?* preguntó este. *Nada mas que cinco ó seis hombres,* le contestaron. Entonces se dirigió al bote, con agua hasta la cintura, Diego de Escobar acompañado de cuatro hombres. Los del bote no quisieron admitir mas. Roldan mandó entonces que entre dos hombres lo llevasen á él para no mojarse. Con esta extratagemata hizo ascender á ocho su partida. Apenas entró en el bote, mandó á los marineros que remasen hácia tierra. Negándose á hacerlo, él y sus compañeros los atacaron espada en mano, hiriendo á muchos, y haciéndolos á todos prisioneros, á escepcion de un flechero indio que se salvó nadando.

Este triunfo fue para Roldan muy importante; Ojeda, ansioso de recobrar su bote, indispensable para el servicio del buque, hizo entonces proposiciones de paz. Se acercó á la playa en el bote mas pequeño, que era el que le habia quedado, acompañado de su primer piloto, cuatro remeros y un soldado. Roldan entró en el que acababa de apresarle con siete remeros y quince soldados, dejando en la playa otros tantos hombres y una canoa, para que se embarcasen en caso necesario. Aquellos dos formidables adversarios tuvieron una conferencia bastante característica, conduciéndose ambos en ella con la mayor cautela. Esta entrevista se efectuó mediando mucha distancia entre ambas partes. Ojeda para justificar sus movimientos hostiles, alegó que habia venido Roldan con fuerza armada para apoderarse de él. Este negó el hecho, y le prometió de parte de Colon la acogida mas amistosa si queria pasar á Santo Domingo. Al fin se hizo una composicion: se restituyó

á Ojeda su bote, y hubo cange de prisioneros, exceptuando Jnan Pintor, el marinero manco, que se habia ocultado. Por una de las cláusulas de la capitulacion, Ojeda se hizo á la vela al dia siguiente, amenazando, empero, volver pronto con mas buques y hombres.

Roldan permaneció por aquellos contornos, poniendo en duda su partida. Pocos dias despues oyó decir que habia desembarcado en una parte muy lejana de la costa. Al momento salió á buscarle con ochenta hombres en canoas, mandando descubiertas por tierra. Antes de llegar al punto designado Ojeda se habia ya dado á la vela, y no tuvo Roldan otra noticia de él: Las Casas asegura que ó bien desembarcó en algun distrito remoto de Española, ó bien en la isla de Puerto-Rico, donde juntó lo que él llamaba su *cabalgada* ó rebaño de esclavos, arrancando de su patria á una multitud de infelices indios que vendió en el mercado de Cádiz.

CAPITULO VIII.

CONSPIRACION DE GUEVARA Y MOJICA.

(1500.)

CUANDO los hombres han contraido la costumbre de obrar mal, se atribuyen el mayor mérito á la mas pequeña accion que cometen propia de hombres honrados. Los de Roldan celebraban ellos mismos alta y ruidosamente su lealtad incomparable, y los grandes servicios que habian hecho al gobierno arrojando de la isla á Ojeda. A fuer de picaros reformados, esperaban que seria pródigamente premiada su buena conducta. Considerando al caudillo que los mandaba poseedor de ilimitadas facultades, y habiéndoles agradado la deliciosa provincia de Cahay, le pidieron se la repartiese para fijarse en ella. Roldan siendo gefe de insurrectos, hubiera accedido desde luego á su demanda; pero habia llegado un momento en que le convenia dar á conocer su adhesion á las leyes, y dijo que él nada podia otorgar sin la sancion del Almirante. Mas sabiendo que era peligroso contradecir el espíritu turbulento que él mismo habia fomentado entre aquellas gentes, repartió entre ellos algunas propiedades suyas en los territorios de su antiguo huésped Behechio, cacique de Jaragua. Entonces escribió al Almirante pidiéndole permiso para volver á Santo Domingo, y recibió una carta en que se le daban muchas gracias y prodigaban los mayores elogios por la diligencia y tino que habia manifestado, indicándole que permaneciese algun tiempo mas en Jaragua, pues podia estar Ojeda todavía cerca de las costas, dispuesto á entrar de nuevo en aquella provincia.

Una causa bastante novelesca produjo en la isla nuevas turbulencias. Llegó por aquellos tiempos á Jaragua un caballero joven y de distinguida familia, llamado D. Hernando de Guevara. Estaba dotado de buen personal y bellos modales, si bien era violento en sus pasiones y libertino en su conducta. Tenia parentesco con Adrian de Mojica, uno de los mas activos agentes de la rebelion de Roldan, y se habia conducido tan disolutamente en Santo Domingo, que Colon le desterró de la isla. Como no habia otro modo de hacerle salir de ella, se le envió á Jaragua para volver á España en uno de los buques de Ojeda; pero llegó despues de la partida de este. Roldan le recibió favorablemente por consideracion á su antiguo camarada Adrian de Mojica, y le permitió escoger lugar para su residencia, hasta que llegasen nuevas órdenes del Almirante. Eligió la provincia de Cahay, y el sitio en que Roldan habia sorprendido el bote de Ojeda. Aunque era uno de los mas delincuosos distritos de aquella hermosa costa, Guevara le escogió solo por su vecindad á Jaragua. Mientras

estuvo en este último punto con permiso de Roldan, fué bien recibido en casa de Anacaona, la viuda de Caonabo, hermana del cacique Behechio. Aquella mujer extraordinaria seguia simpatizando aun con los españoles, á pesar de las vergonzosas escenas de que habia sido testigo; y con su dignidad característica habia obtenido el respeto hasta de la chusma licenciosa que poco antes infestaba su provincia. Tenia una hija de su difunto marido el cacique Caonabo, cuyas gracias acababan entonces de desarrollarse y que era sumamente admirada por su belleza. Guevara, hallándose frecuentemente en su compañía, se enamoró de ella; y sus atenciones no tardaron en ganar el corazon de la inocente joven india. Para estar cerca de su amada, escogió la residencia de Cahay, donde su primo Adrian de Mojica tenia varios perros y halcones para la caza. Guevara dilató su partida; pero habiendo descubierto Roldan el objeto que le traia á Jaragua, le advirtió que desistiese de sus pretensiones, y le mandó salir de la provincia. Las Casas insinúa que tambien Roldan amaba á la joven india y estaba celoso de la preferencia que esta daba á su rival. Anacaona, la madre de Higuarcota, fascinada por la elegante apariencia y bellos modales del enamorado caballero, favorecia su pasion, tanto mas cuanto que Guevara le pedia su hija en matrimonio. A pesar de las órdenes de Roldan, permanecia Guevara en Jaragua y en casa de Anacaona, desde donde mandó por un sacerdote para que bautizase á su futura esposa.

Roldan al saber esto envió á llamar á Guevara y le reprendió agriamente porque seguia en Jaragua con el designio de engañar á Anacaona, y extraviando el afecto de su hija. Guevara confesó la fuerza de su pasion, y atendida la pureza de sus intenciones, pidió permiso para prorogar su residencia en Jaragua. Roldan se manifestó inflexible, alegando que el Almirante podia no estar conforme con el permiso que él le diese y sospechar de su propia conducta; pero parece que lo que motivaba su negativa era el deseo de separar de allí un rival que frustraba todos sus proyectos amorosos. Guevara obedeció; permaneció tres dias en Cahay; pero no pudiendo vivir ausente de su adorada, volvió á Jaragua con cuatro ó cinco amigos, y se ocultó en casa de ella misma. Roldan, que adolecia entonces de una afeccion de ojos, al saber su vuelta, le dirigió reconvencciones por su desobediencia, y le mandó volver al instante mismo á Cahay. El joven caballero adoptó entonces diferente lenguaje. Contestó á Roldan aconsejándole que no se crease contrarios, cuando tenia tanta necesidad de amigos, pues él sabia positivamente que pensaba el Almirante mandarle cortar la cabeza. Entonces Roldan, en uso de su autoridad, le ordenó salir de aquella parte de la isla, y presentarse á Colon en Santo Domingo. Para no verse enteramente privado de la presencia de su beldad india, refrenó el manco de su violencia. Trocó su altivo tono en humilde súplica, y Roldan, vencido por su sumision, le permitió permanecer por entonces en la parte de la isla que él mismo habia elegido.

Pero debia Roldan recoger los frutos del mal sembrado por su mano. Inspiró el desprecio de las leyes á sus antiguos compañeros, y era natural que se viese espuesto á los efectos de la anarquía que era obra suya. Guevara, irritado con los obstáculos que se oponian á su pasion, acarició proyectos de venganza. Formó un partido de los antiguos secuaces de Roldan; que detestaban como magistrado al hombre que idolatraron como caudillo. Se resolvió rebelarse súbitamente contra él, y ó bien matarle ó sacarle los ojos. Al saber Roldan la conjuracion, procedió contra ella con la prontitud de un rayo. Fue preso Guevara en la mansion de Anacaona, á la vista de su futura esposa, quedando arrestados tambien siete

de sus cómplices. Roldan informó desde luego al Almirante, sin cuya autoridad, decia, no se resolvía á tomar medida alguna, sobre todo no siendo juez imparcial en aquel caso. Colon, que se hallaba entonces en el fuerte de la Concepcion, en la Vega, mandó trasladar los presos al de Santo Domingo.

Estas medidas vigorosas de Roldan contra sus antiguos camaradas produjeron inmediatas revueltas. Adrian de Mojica, al saber que estaba preso su primo Guevara por órden de Roldan su confederado, se exasperó sobremanera y resolvió vengarse. Pasó inmediatamente á Bonaó, perenne foco de sediciones, á pedir ayuda á Pedro Riquelme, alcalde recientemente nombrado por Roldan. Riquelme se la concedió gustoso; y partieron ambos á varios sitios de la Vega, donde los rebeldes vivian en las tierras que habian recibido, para incitarlos á tomar parte en sus proyectos. La propension de aquellos hombres á las revueltas era irresistible. Guevara era muy apreciado de todos, y la conducta de Roldan se calificó de intervencion despótica para impedir un himeneo agradable á ambas partes, y beneficioso para la colonia. No hay nadie tan detestado de los que han sido sus amigos como un ladrón reformado, ó un rebelde sirviendo á la justicia. Las antiguas escenas tumultuosas se renovaron; las armas, depuestas apenas de las recientes rebeliones, se empuñaron de nuevo, y empezaron los preparativos para la accion. Mojica tuvo pronto un cuerpo de audaces y abandonadas gentes, prontas á seguirle con armas y caballos en cualquier empresa desesperada. Alentado por la impunidad que habian tenido sus primeros actos, amenazó con otros mas atroces aun, proponiéndose no solo rescatar á su primo, sino dar muerte á Roldan y al Almirante.

Colon se hallaba en la Concepcion con poca gente mie tras se fraguaba este peligroso complot en las cercanias. No temiendo ninguna hostilidad próxima de personas á quienes habia colmado de favores, hubiera sido su víctima á no tener conocimiento del plan por un desertor de los conspiradores. De una sola mirada sondeó el abismo que le rodeaba y vió la tormenta que amenazaba la isla. Conociendo que habia pasado el tiempo de la templanza, determinó dar un golpe que cortase todas las cabezas de la hidra de la rebelion.

Con seis ó siete criados de confianza y tres escuderos, todos bien armados, se dirigió por la noche á la residencia de los sediciosos, los cuales confiados en lo secreto de su plan y en la apacibilidad mostrada últimamente por el Almirante, estaban descansando sin precaucion alguna. Los sorprendió Colon; se apoderó de Mojica y de varios de sus principales cómplices y se los llevó presos al fuerte de la Concepcion. El momento era crítico; la Vega estaba pronta á sublevarse; tenia en su poder al que era cabeza del motin, y era necesario un escarmiento que aterrase á los facciosos. Mandó que se colgase á Mojica del asta de la bandera. Pidiendo el reo que se le permitiese confesar antes de morir, se le envió un sacerdote. El miserable Mojica, tan intrépido y arrogante en la rebelion, perdió todo su ánimo delante de la muerte. Procuró prolongar su confesion empezando y deteniéndose, y empezando de nuevo; y otra vez vacilando, como si aguardase que el tiempo le trajese un indulto. En vez de confesar sus propios pecados, acusó de criminales á otros que se sabia eran inocentes; hasta que Colon, indignado en vista de tanta falsedad y apurada ya la paciencia, mandó que arrojase al rebelde de las murallas abajo. Muchos de los cómplices de Mojica fueron condenados á muerte; pero se suspendió por entonces la sentencia.

Este repentino acto de severidad fue seguido prontamente de otros no menos fulminantes. Antes que los conspiradores tuviesen tiempo de salir de su es-